

Januario Espinosa

## El secreto de Rodrigo

### I



O esperé en el muelle. Venía de pie en la proa, como desafiando al viento y al oleaje. No hubo en mí un titubeo para distinguirlo, porque en nada había cambiado su fisonomía desde los años de colegio: ese rostro impecable de recta frente y de griega nariz, la boca de labios finos, suave y blanca la tez, rosadas las mejillas, cara más propia de una dama que de varón membrudo. Sólo que ni su voz ni sus maneras señalaban un instinto mujeril. ¡Todo un hombre, realmente!

Nuestro saludo careció de la efusión de quienes se conocieron en las aulas y después fueron separados por la vida. Al tenderme su mano, ceremonioso, me dijo solamente:

—Como está, Julián... Mucho le agradezco que haya venido.

Ya rodando en el coche, por la arenosa calzada, fraguó un gesto desdeñoso:

—Esto es francamente horrible... Será difícil que me acostumbre.

Le repliqué con cierta rudeza:

—¿Por qué, entonces, aceptó su traslado?

Pareció que se conmovía, sus ojos fijaron un punto del horizonte:

—La necesidad solamente... ¡créalo! ¿De que otro modo obtener una posición sostenible? Venimos para acá subiendo a lo menos tres grados, más la gratificación de zona: ¡es posible el ahorro, pensar en el porvenir!

Moduló la última frase con una manifiesta alegría. Y su voz cambió la brusquedad por una entonación casi amistosa:

—¿Me tiene usted la pensión imposible: buena, bonita y barata?

—Lo llevo a la mía, le respondí, sonriendo. Es buena, a mi parecer, y no cara para Iquique. Y en cuanto a lo bonita, habrá que reservarle esta cualidad a la hija de la dueña...

El último dato lo dejó frío. Clavó su mirada en el desfile de comercios y viviendas, y cayó otra vez sobre él un reflejo de melancolía. Insistí, con todo, en informarlo:

—La dueña de la pensión es viuda, y le dicen «La peruana», aunque jura que es chilena, nacida creo que en Villarrica... Pero esa gracia indefinible, la pronunciación cuidada... Además, la hija es una perfecta limeña. Yo no sabría explicarle a usted en donde resi-

de su simpatía: si en sus ojos oscuros y hechiceros, en su boca diminuta o en su modo de hablar, tan característico. Es ligeramente morena, muy negros sus cabellos. . . Lleva un nombre muy raro: Ildaura. Todos los pensionistas, yo inclusive, andamos medios descalabrados por ella. Hasta ahora no se precisa la ventaja de ninguno, pero esto nos entretiene: vivimos en una ilusión constante, y la vida se hace menos aburridora.

Este ditirambo mío, que revelaba en el fondo mi cuita secreta, tampoco logró entusiasmarlo. Fué desabrida su pregunta:

—¿Quiénes son los otros pensionistas?

—Uno de la aduana, otro del correo, un vendedor que viaja por las salitreras, dos más de nuestra oficina. A estos últimos debe usted conocerlos, por lo menos de nombre: Isaías Meneses y Leandro Valenzuela. ¡En general, buenos muchachos! Como tienen su familia en el sur, igual que nosotros, procuran aliviar este pequeño destierro. . . Tal vez el amor que le hacen a Ildaura es lo que más les distrae. . .

El carruaje torcía por una calle más angosta, que iba a morir en las colinas grises. Rodrigo fijó los ojos en aquellas tierras desoladas, y clamó con un solemna tono:

—¡El amor, creo yo, no es una cosa de juguete!

Cuando nos detuvimos ante la casa pintada de rojo, donde tenía su pensión doña Lucrecia, «La peruana», su figura se iluminó levemente:

—¿Llegamos? En verdad, no es tan peor como yo lo suponía...

Doña Lucrecia lo acogió multiplicando sus agasajos y sonrisas: flechas de finura que iban a chocar contra una piedra. Cuando le mostraron la pequeña habitación que le destinaban, esbozó una mueca que podía significar: «¡poco importa!».

Mientras él instalaba allí su equipaje, entramos al comedor con la patrona.

—¿E Ildaura?... No la he visto.

—Se escondió esa tonta... ¡Parece muy formal su nuevo compañero! Tal vez por eso se acholó la niña...

Reí francamente.

—¡Dígale que no es el ogro que ella se figura! Vendrá así por el cansancio del viaje...

No tardó en entrar Ildaura por otra puerta. En realidad, había ido a ponerse bonita, aunque no necesitara de artificios, ni afeitarse para ser encantadora.

—Ildaura—le dije en cuanto quedé solo con ella—mi amigo viene apenado y hosco. ¡No sabe que está aquí toda la alegría!

Abrió mucho los ojos, y se quedó quieta, colgada a un pensamiento repentino. De esa manera su seducción acrecía, y un súbito temor me destiló su veneno. Porque en aquel instante tuve la conciencia plena de que aquel hombre desabrido, pero de buena figura, sería quien habría de matar todas nuestras esperanzas: la mía y la de los otros. El enig-

ma latente se solucionaría, para terminar con aquel torneo ilusionado, ya que Ildaura al no decidirse por ninguno, venía a ser de todos, foco en que cada uno encendería su lámpara de ensueño.

Así, pues, no perdí un detalle del momento en que entró repentinamente Rodrigo, y la bella Ildaura le fué presentada. ¡Terrible sujeto! No se alteró ni un músculo de su faz de Adonis, indiferente a la mujer y a toda hermosura. Ella, al revés, humilló los párpados y un poco la orgullosa cabeza. Le entregó su mano adorable con una sumisión de esclava. Una envidia sorda me debió teñir de verde.

Almorzamos temprano, y ante de las doce, comienzo de mi turno, nos encaminamos de a pie a la oficina. He aquí mi primera pregunta, ansiosa:

—Y... ¿qué tal Ildaura?

Arrugó ligeramente la nariz, arrastrando parte de sus labios, y respondió desdeñoso:

—Sí, es «simpaticona»...

Semejante vocablo, emitido con desabrimiento, habría de continuar aplicándolo a cuanta beldad iquiqueña yo le sometiera a su juicio.

Ante todo se lo presenté a la señorita Eudocia, la cajera. Mujer alta, abundante en curvas, erguida de senos, la sombra de un bozo sobre los labios sensuales. Aguileña la nariz, ardientes las pupilas, la construyeron para despertar la más dormida lujuria. En resumen, una coqueta de marca.

Naturalmente, la robusta Afrodita lo devoró con

los ojos. Pero la sangre del enigmático individuo no sabía encenderse. Ostentó la misma frialdad majestuosa con que acababa de herir a la que reunía toda la gracia limeña.

¿Para que insistir en el tercer episodio? El jefe era bastante moreno, espesa y un poco hirsurta su barba renegrada; ello no impedía que tuviera una hija rubia y zarca. La señorita Luzmira acostumbraba a bajar de su residencia, el segundo piso, para traernos miel y sol en su sonrisa magnánima. Le placía merodear entre los aparatos, seguir su funcionamiento; se empeñaba en comprender de oído los signos Morse. Y su padre, benévolo, le toleraba el aprendizaje, aunque no entrara en sus proyectos destinarla a este oficio.

En presencia del nuevo, perdió la serenidad de todos los instantes: la niña un poco locuela se transformó en la mujer que toma en serio a la vida.

Cuando salimos, se hallaba cerca de la puerta. Me llamó para decir, como un desahogo:

—¡Este parece ser de muy buena familia!

La observación me había hecho reír, pero me hallaba obligado a ser deferente. También me creí en el deber de ponerla en guardia:

—Demasiado buena. . . porque parece que a todas las gentes de aquí las ve pequeñas. . .

—Verdad: ¡se nota que es muy orgulloso!

Y los grandes ojos azules concentraban en él todas sus flechas. Ni una sola, por lo demás, daría en el blanco.

Me esperaba convertido en una estatua de hielo.

—¿Sabe? La señorita Luzmira, que no se interesa por nadie, me llamó para hablarme de usted. . .

Murmuró apenas, ostensiblemente aburrido:

—¿Sí?

Insistí, en mi afán de conmoerlo:

—Es jovial, afable con nosotros, pero muy pagada de sí misma. Su madre es hija de alemanes, que cuentan con propiedades en el sur. Don Matías, nuestro jefe tampoco es pobre. Sólo tiene otro hijo que estudia para médico. Ella es muy regalona y, naturalmente, se considera una de las más bonitas: obtuvo el segundo lugar en un concurso de belleza. . .

A toda mi perorata sólo hizo esta observación, con marcado desgano:

—Son muy desabridas las gringas.

## II

Nuestros compañeros de pensión procuraban, en general, barrer, con diversos subterfugios, el aburrimiento de los días iguales. El gordo Rodríguez traía siempre alguna anécdota sabrosa, un nuevo chascarro, de sus correrías por las salitreras; Castillo, el de la aduana, maestro en la socarronería, dejaba caer algún chiste bien meditado, con un éxito seguro; Retamales, del correo, sobresalía en partir con una gran carcajada. Lo seguíamos, guiados por el contagio. También en esto, Rodrigo se mostraba inconvencible: su risa era corta y

forzada. Para el final de los cuentos verdes o para los chismes escabrosos, se esperaba que Ildaura saliera. La amabilísima patrona no resultaba un inconveniente.

—¡Me gusta esta mujer, porque es harto de línea! —proclamaba el gordo y le daba un abrazo.

Al revés, la presencia de Ildaura era ocasión para un tiroteo de galanterías. ¡Una lucha denodada para conquistar ese corazón rebelde! Se cruzaban las agudezas y donaires. La fiesta era mayor, cuando nuestros compañeros de oficina, Meneses y Valenzuela, que trabajaban en un turno contrario, nos hacían compañía: ocurría tal cosa los domingos en la tarde o cuando les había correspondido servicio nocturno. Meneses, rindiendo honor a su nombre bíblico, mostraba pesimismo y vehemencia: tenía para la invulnerable beldad frases apasionadas o declamaciones de versos amatorios. Esto y su buena figura (rubio, de ojos claros) pudieron llevarlo al éxito: no obstante, bebía también la hiel de los vencidos.

Pero los dados estaban tirados con respecto a ese corazoncito virginal y esquivo. Una mañana que Rodrigo salió a practicar ciertas compras, la disputada zagala me abordó resueltamente:

—Dígame, usted debe saberlo: ¿su amigo tiene una novia en el sur?

¡Cuánta luz en sus pupilas! ¡Qué ferviente ardor en su voz! La envidia que me corroía cedió su lugar al deseo de complacerla:



—Creo que no: a lo menos, nunca me ha dicho nada.

Se enfurruñó un poco para replicarme:

—¿Qué le va a decir si es tan terco? Yo sé más que usted: el otro día lo sorprendí contemplando una fotografía con tanta devoción como si la adorara. Ni siquiera notó que yo pasaba junto a su puerta...

Bajó la voz para añadir:

—No crea que a mí me importe mucho; pero ya sabe usted que las mujeres somos curiosas... Una tarde que estaba sola con las empleadas le registré todas sus cosas, y hasta procuré abrirle el baúl para dar con su secreto... Inútilmente; pero algo tendremos que saber... ¿Por qué usted no me ayuda?

Me lo decía de tan incitante manera, que acepté sin vacilar esa confabulación extraordinaria, que no dejaba de tener su dulzura.

Realmente, eso de que Rodrigo pudiera haber dejado en la capital algún amor intenso, no era para espantar a ninguna. Cual más, cual menos, nos hallaríamos en el mismo caso. Pero ello no obstaba para que tratáramos de acortar el tiempo con cualquier amor transitorio.

No así nuestro enigmático camarada. Fiel a quien sabe qué juramento, al más exigente escrúpulo, no detenía su mirada en mujer alguna, como si no quisiera poner ni una sombra en el fulgor de su recuerdo. Cruzaba así bajo el cielo de Iquique, indiferente a todo, en un constante sueño.

Un domingo, pasado el almuerzo, lo invité a Cavanha, tanto por distracción personal como por el deseo de arrastrarlo a una posible confidencia; ¡también la curiosidad me excitaba un poco! Nos despachamos entre los dos una botella de vino, lo que pareció desatar algo su lengua. Tendidos en la playa, con frente al vaivén de las olas, dió salida a su amargura:

—¡Qué largas se hacen las horas en este peladero!

Y hundiendo la vista en el lejano horizonte, me recalcó estas palabras:

—¿No cree usted que esta existencia de aquí, tan monótona, se haría insufrible si no viviéramos en una continua esperanza?

—Verdad es, le respondí; los que somos del sur no podemos habituarnos a la aridez de esta tierra, a este clima, a veces sofocante; pero también hay que saber buscarse entretenimientos... No es difícil armar su pequeño lío. Hay mujeres aquí...

Acentuó su habitual mueca desdeñosa:

—¡Psh!... Hasta ahora no he visto a una que merezca una atención mínima...

Mi gesto reprobador lo indujo a proseguir:

—En el sur—¡usted lo sabe!—existe más recato en la mujer. Aquí parece que la temperatura influye en ella para sacarla de su línea... Mire usted...

Echó mano de su billetera y extrajo un papelito doblado que me alargó. El reconocimiento de aquella femenil escritura llevó el bochorno a mi cara. Eran dos renglones solamente:

«¡Qué serio es usted! Fíjese que yo no le hago caso a nadie: usted no más me importa».

—Lo encontré hace tres días debajo de mi almohada.

En cuanto mi honda emoción hubo aminorado, inquirí:

—¿Y qué le respondió usted? Porque la cortesía...

—Dejé en el mismo lugar otro papel que decía: «¡El amor es una cosa muy seria!» Nada más...

Sonreí de malas ganas.

—Ha sido usted cruel con la pobre chiquilla... ¿No cree usted que vale la pena?

—Tal vez... Pero, ¿no habría sido mucho peor mentirle?

Regresamos envueltos en un silencio torvo. Condensaba en mi ánimo envenenado la derrota mía y la de mis compañeros. Volvía Rodrigo, por su parte, a su invariable actitud de melancolía.

¿Invariable? No es enteramente exacto. Al arribo del vapor que traía la correspondencia del sur, un patente regocijo daba mayor viveza a sus ademanes, un inusitado fulgor a sus ojos. Si se hallaba en turno libre, se trasladaba al correo para esperar la distribución, y la carta que constantemente recibía la iba a leer a lo más apartado del muelle, sin otro testigo que el mar.

Tales cartas, así como el retrato en cuya contemplación fuera sorprendido, deberían ir después a lo más

hondo de su baúl, depositarias de un secreto que resultaba el resorte principal de aquella vida extraña.

Posiblemente esa perenne tristeza suya influía en su mal humor. Pero también sus cóleras adquirirían una modalidad especial. Ninguna expresión torpe o violenta; ningún gesto selvático. Pocos días después de su llegada, un compañero le solicitó un cortaplumas. Lo entregó serenamente, pero cuando se lo devolvieron lo apretó entre sus recios dedos y lo lanzó al canasto. Yo, que me hallaba al lado suyo, lo recogí para dejarlo sobre la mesa. Lo tomó cuando se iba. La rubia hija del jefe, que no perdía ocasión para dirigirle la palabra, vino a pedirle otro día uno de sus bien afilados lápices. Una vez devuelto, lo quebró y también lo tiró al canasto. Su actitud era indudablemente cómica, pero algo, un oculto respeto, sofrenaba mi reír y me limitaba a contemplarlo con cierta lástima.

Mayor conmiseración me inspiraba la señorita Luzmira. Ajena a los comentarios malévolos, y tal vez a las admoniciones de su padre, venía siempre rectamente hacia Rodrigo, blanca mariposa atraída por la luz rutilante. Instalada a su vera, se embebía escuchando los golpeteos del receptor Morse, como si pretendiera traducir los signos. El pétreo individuo ni siquiera se dignaba mirarla. Aprovechaba ella el hueco de una paradilla para hacerle cualquiera pregunta, que él atendía con marcado desgano. Siempre la encontrábamos a la salida. Nos llamaba con algún pretexto pueril; una tarde lo abordó de esta manera:

—¡Qué aburrido aparenta estar usted! ¿O no le gusta Iquique?

—¡No!—fué la respuesta rotunda.

Lo contempló ella, dolida, atribulada, como si estuviera a punto de romper en sollozos. Me creí en el deber de intervenir:

—Rodrigo, señorita, es fiel a un ideal... ¿No considera usted que hace bien?

Pero antes que Luzmira diera su opinión, mi amigo le tendió su mano para despedirse.

Continuamos andando, aturdidos por un descontento mutuo. Me indignaba esa descortesía para con una mujer llena de bondades: además de bonita, inteligente, instruída. Una diva, por añadidura. Cifraba mi recóndito deseo en empujarlo por esa luminosa vía. En el fondo quería yo, seguramente, alejarlo de Ildaura.

Corridos varios minutos se desbordó mi pensamiento:

—Francamente, Rodrigo, ¿quién no envidiaría su suerte? Esa mujer está loca por usted... ¡Y caramba que vale!

Pareció que no me hubiera escuchado, y que hablara en un descender de su cielo:

—Es una simple polola... ¡cómo todas las de Iquique!

Llenamos en seguida el trayecto con ligeras observaciones banales. Cuando almorzábamos, su mal humor se demostró en una de las suyas: la caída de una mosca a su té de los postres, lo indujo a romper en

dos la cucharilla. Luego volvióse atento a la dueña de casa:

—Señora, agréguemela a mi cuenta.

Doña Lucrecia, sin atreverse siquiera a sonreír, abrió mucho los párpados:

—¡No importa!

El gordo Rodríguez precisó una mueca ácida, en tanto que el del correo no disimulaba su asombro. Era, sin embargo, segunda vez que ocurría un caso semejante. Un tenedor con ceniza entre los dientes, había sido la otra víctima.

Algunas semanas después se produjo un incidente por el estilo, que tuvo una mayor resonancia. Me había tocado turno de amanecida, de modo que me levanté muy tarde: después del almuerzo, Ildaura me acogió con grandes risas:

—¿No sabe la última gracia de su «enterado» compañero?

Había en su reír un marcado veneno, como un desahogo de su inquina. Pensé en algún ex abrupto del estrambótico personaje, e iba ya a insinuar una disculpa, pero Ildaura se adelantó a prevenirme:

—Usted no podrá adivinarlo... Es tan cómico... ¡tan sumamente cómico! Rió de nuevo. Doña Lucrecia vino a reunírse nos. Los oscuros ojos de la hija, los grandes y verdes de la madre, fulguraban con el mismo alborozo, picaban mi curiosidad hasta lo profundo.

—Sí, acabó por decir la patrona, si una no lo hu-

biera visto, parecería increíble. . . Esta mañana su buen amigo se levantó con atraso de quince minutos, porque el reloj despertador le había fallado. ¿Y sabe usted su estupenda ocurrencia? ¡Sacar el reloj al medio del patio, para tomar una piedra y hacerlo añicos! . . .

Las dos rieron nuevamente, como al influjo de reiteradas cosquillas.

—¡Pobre mujer la que con él se case!— concluyó Ildaura.— Será una mártir. . . ¡Yo, desde luego, la compadezco!

—Con lo raro que es tal vez ni se case nunca—observé con desgano.

—¿Y la novia del retrato entonces?

—¿Por qué supone usted, Ildaura, que ha de ser su novia?

—¡Claro! si no se cansa de mirar esa maravilla. . . Se supone que ha de ser la mujer más bonita del mundo. . .

Desbordaba en estas palabras todo su despecho, su rencor para la rival desconocida. Me preguntó en cuanto se alejó su madre:

—¿El nada le ha dicho? ¿Ha visto usted siquiera el famoso retrato?

—No. Ni tampoco alude jamás a su misteriosa novia. Supongo solamente que no puede conformarse con su ausencia, dada su tristeza continua. . .

—Sí; sólo revive cuando le llegan cartas de la prenda. . .

¿Era ella una empleada de nuestro servicio? ¿Acaso

una pariente, una prima? De todos modos, habría de ser linda, espiritual, inteligente. Unía yo mi curiosidad a la de Ildaura, pero nuestros empeños coaligados no resultaron suficientes para hundir ni un débil rayo en ese negro enigma.

Para picarlo, la endiablada muchacha solía avanzar francas alusiones en presencia suya:

—A usted, Julián, si que le gustarán las niñas de Iquique...

—Naturalmente; sobre todo una que...

No me dejaba concluir:

—Sí... ¡pero en Santiago está el fenómeno!

Resbalaban estas saetas sobre la figura helada de Rodrigo, como gotas de agua sobre un muro de piedra. Continuaba devanando sus horas, encerrado en su enfurruñada melancolía, sin abandonar su apariencia de aburrido incansable.

Una de sus peculiaridades salientes era la economía. No fumaba; nunca estuvo en un bar; ni siquiera compraba un periódico. No volvió a aceptar una invitación a Cavancha, tal vez por no verse obligado a retribuirme. Vestía correctamente, pero sin elegancia. No renovó allí nada de su indumentaria traída del sur, ni siquiera una corbata o un cuello. En suma, ninguna exterioridad debería importarle, acurrucado en su torre de marfil y de oro.

El día tan deseado llegó, por fin, para él. Se lo ganó con su trabajo impecable en la oficina, con sus jornadas de gran rendimiento, y en especial con in-



fluencias de carácter político que, según supe, movió en Santiago por intermedio de su familia. Lo promovían al sur con el mismo puesto, sólo tras dos años de estada, lo que no dejaba de significar una buena suerte. Y se volvía después de haber ahorrado tal vez más de un tercio de renta.

Desde que recibió la noticia, se movió en un estado de locura. El Rodrigo malhumorado, marmóreo, se transformó en un hombre locuaz, brillante la mirada, presta la sonrisa. Hasta visitó con varios de nosotros una de esas casas de perdición, por el lado de los cerros, y lo vimos bailar con una boliviana, la más fea de todas, para la cual no ahorró una serie de galanteorías. No nos extrañó su preferencia, porque cada dos semanas realizaba esas excursiones al barrio lupanarresco, únicamente para llenar una necesidad física, y su elección caía siempre en la menos agraciada, esto sin ninguna bebida ni diversión previa. Tomaba a una como un objeto que ha de servir para algo ineludible.

Ahora, de regreso, una luz nueva partía de sus ojos:

—¡Pobre muchacha! ¿Saben de dónde vino? De por allá del Beni, cerca de los gomales ..

Y al amparo de la noche, trascendía mayor humanidad de su figura.

Cuando lo dejamos en el vapor que debería traerlo, me dió un fuerte abrazo:

—¡Transmíteselo a la bella Ildaura! y su reír amplio, inaudito, fué a disolverse entre el fragor del mar.

## III

Diez años se deslizaron entre las manos del tiempo. También me tocó el turno de volver a los viejos lares; mi vida tomó otro rumbo; mis compañeros de Iquique ya eran trastos viejos en el desván de la memoria; apenas si los ojos de Ildaura conservaban el fuego de lo que mucho se amó sin remedio. Alegrías, dolores de ayer iban en su correr fatal hacia el olvido.

Una mañana, entre otras, el tren nocturno me depositó en la capital de un lejano departamento, en donde se realizaba una elección extraordinaria.

La obligación de enviar noticias al diario que servía, me empujó hasta la oficina del telégrafo. Esperé que se marcharan cuatro o cinco señores, estrujados junto a la ventanilla, para pedir un formulario. Nadie. Sentí venir de adentro una voz chillona, áspera, una de esas voces que tienen algo del serrucho o de un crujir de cadenas:

—¿Qué haces ahí como un espantajo? ¡Ven, que te necesito!

A continuación, unos cuantos niños gritaron, en una especie de algarabía, y una mujer chica, morena, desgñada y tosca, irrumpió en la sala, trayendo a un rapaz aferrado a la pretina. ¡No era una belleza la telegrafista del perdido poblacho! ¡Siquiera hubiera sido amable, o dotada con una sonrisa que hiciera per-

donarlo todo! Se habrían borrado sus pequeños ojos agresivos, su nariz ancha, su boca de labios gruesos...

Mis reflexiones fueron interrumpidas por una aparición insólita: un Rodrigo rozagante, por el cual no hubiera pasado el molejón de tantos días. Yo, al revés, habría variado mucho, pues cayó sobre mí su indiferencia.

—¡Usted... Rodrigo... aquí!

Mis palabras, tartamudeadas por la sorpresa, acicatearon su memoria: vino hacia mí, cruzó la puertecilla y me abrió los brazos:

—¿Tú también metido en la política?... ¡Cuánto gusto de verte!

Este inmediato tuteo, venía a ser el primer indicio de su transformación maravillosa. La beatitud de su presente refulgía en sus grandes ojos cordiales.

—Espérate un poco—agregó—que yo voy en tu compañía. ¡Seguramente no has encontrado alojamiento! Hasta las pensiones improvisadas están llenas.

Transmitió unos cuantos telegramas con la destreza del pasado y se volvió hacia su mujer, la sumisión en la voz y en el gesto:

—Vuelvo luego, mi hijita... Este fué en el norte uno de mis mejores compañeros...

La arisca hembra me sonrió entonces, y no por eso se elevó en mi simpatía. Rodrigo me cogió de un brazo, y para confirmarme su holgorio, murmuró, apenas puestos en ruta:

—Me parece que rejuvenezco unos diez años... ¡y que esto es Iquique!

—En donde se te declaró la bella Ildaura...

Calló un momento y su voz adquirió un tono de melancolía:

—No... ¡Iquique, en realidad, me trae malos recuerdos!... Nunca pude acostumbrarme... ¡qué horrible monotonía, cuánta tristeza en todo!

Lo afronté con una sonrisa maliciosa:

—Lo que no optó para que una boliviana de la vida alegre te llenara momentáneamente el gusto...

Sus pupilas se iluminaron.

—¡Es verdad! Es que ella despertaba en mí...

Se detuvo. Lo comprendí de pronto; la semejanza entre aquélla y esta otra, como dos hermanas indígenas...

Bajo su dictamen, dimos a la conversación otro rumbo: las probabilidades de éste o del otro candidato; algunas minucias de la política lugareña. Y una vez que me dejó instalado en una casa amiga, me invitó a un negocio de menestras y licores. Entonces, frente a un vaso de cerveza, formulé la pregunta que me ardía:

—¿Y qué haces aquí?... Cómo has podido...

En nada disminuyó su aire de fiesta.

—Te diré... Para alimentar seis chiquillos, fué menester que Mariíta continuara trabajando... Además, aquí ahorramos la vivienda. Por último, ella no podía perder sus años: la jubilación es indispensable para una madre de familia...

—Pero tú cortaste tu carrera...

—No, porque continué en otro empleo público, y no pierdo los derechos a jubilar: soy aquí el oficial civil. Tú sabes que esto deja mucho tiempo libre. Puedo así dedicarme a otras cosas: negocios de frutos agrícolas, siembras a medias, etc. Así reuno una renta que me permite algunas economías. El trabajo postal-telegráfico de Mariíta también es de mucho alivio. Por estos días aumentó el número de telegramas, pero yo le ayudo en lo que puedo...

Una meditación ligeramente plácida, para decidirse:

—¡Bien, pues, mi querido Julián!... Sería monstruoso que a ti, mi mejor amigo en Iquique, no te mostrara ahora con algo mi afecto... ¿qué te parece que te fueras a comer conmigo esta noche?... A las nueve, una vez que se clausure el servicio... Mariíta estará encantada: tiene, por mí, las mejores referencias con respecto a tu persona.

¿Como no aceptarle de improviso? Ante mí siempre un hondo misterio: ¡media vida por descifrarlo!

Estuve allá en la hora justa. La recepción que me acordó aquella mujer la bañó de un ligero atractivo; pero a continuación, en el trato a sus niños rebeldes, recuperó su faz rica en acritudes.

Buenas viandas y un viejo vino. Para mayor comodidad, la prole, nutrida temprano, fué enviada a manos del sueño. Circunstancia favorable para que no hubiera un desvío en mis observaciones.

—Yo lo conocía a usted mucho de nombre... Ro-

drigo me ha dicho repetidas veces que usted lo atendió mucho en Iquique...

Pugnaba por dulcificar su voz y no lo conseguía. Aunque hubiera sido el suyo un físico perfecto, la estridencia de su tono era suficiente para cualquier desencanto. Mi preocupación se circunscribía a descubrir en donde anclaba la pasión de mi amigo. ¡Pasión que no se había entibiado ni con las mil realidades del matrimonio! Porque el Rodrigo áspero con las mujeres de Iquique, era para ésta todo mieles. Pendiente de su voluntad; constante deseo de agradarla...

—Sí, señora... ¡y puedo jurarle, como el mejor testimonio, que Rodrigo nunca miró con amor a ninguna iquiqueña! Aunque jamás me hiciera confianza alguna, llegué a la seguridad de que su gran cariño estaba en Santiago. ¡Lejos de usted, flotaban a su alrededor todas las tristezas del mundo! Y ahora veo que a su lado...

En Rodrigo una franca mirada de agradecimiento. Ella más fría. Su fealdad quedaba así en mayor resalto.

Cohibido y manoteando en ese mar de incógnitas, dejé traslucir mi pensamiento:

—El amor, señora María... ¿quién lo comprenderá nunca?

Cerca de la medianoche, Rodrigo me acompañó hasta mi alojamiento. Pero su mucha afectuosidad no fué capaz de matar en mí esa honda amargura que nos produce la contemplación de los hombres felices.